

La extraña mujer

Revive el pasado para salvar el presente

¡La avaricia!, veneno que corroe las entrañas.

Vuestros hijos morirán a manos de la ambición.

*Generación tras generación hasta el fin de los
tiempos.*

*La mujer cogió un puñado de cenizas, las arrojó
a los azules ojos del causante de tanto dolor*

Capítulo I

Hace 18 años una extraña coincidencia cambió nuestras vidas.

Primavera 1995

15:30 Hs Clinique universitaire du Nord.

Recuerdo aquella tarde, hacía un calor inusual para los primeros días de primavera. Mi amiga Cloé y yo nos acercábamos a la sala de médicos cuando distinguimos a través de las ventanas la figura de Denis, el director del departamento legal de la clínica. Nos resultó extraño que estuviese allí, él nunca tenía tiempo para un café. Se lo veía alterado, sus pasos eran rápidos y de poco recorrido. La sala, pese a ser muy amplia, se había convertido en una jaula para él, miraba el reloj y golpeaba sobre la pierna un sobre que llevaba en su mano derecha. Hablaba solo gesticulando como si estuviese dando uno de sus discursos típicos de las reuniones de personal.

Ignorantes del conflicto que alteraba a nuestro amigo, intentábamos adivinar si todo aquello tenía su origen en una denuncia dirigida a la clínica o si solo era una rabieta porque su nueva conquista le había dado plantón por carta. Cloe reía y mientras elucubraba sobre el texto de la nota que había alterado a Denis. Yo por el contrario, que conocía a Denis desde la infancia, estaba casi segura que el problema debía estar relacionado con la clínica.

No había nada en el mundo, más importante que su trabajo. Al abrir la puerta nos encontramos con un hombre, enfurecido, impidiéndonos pasar.

—Esta mañana recibí esto. —Movía el sobre delante de nuestras caras como si quisiera golpearlos con él—. ¡Habla de ustedes dos! ¿En qué nueva historia me han metido? —Se volvió y caminó hacia el centro de la sala esperando una explicación, golpeó tres veces con los nudillos sobre la mesa, incapaz de escuchar continuó hablando elevando el tono de voz.

—Tienen que comprender que mi profesión es la abogacía, los papeles son lo mío. Quieren, por favor, dejarme fuera de vuestros planes. Ustedes son médicas, curan personas y yo peleo con ellas. —Continuaba usando la carta como un instrumento con el que nos amenazaba.

—Denis, quieres relajarte, Supongo que la carta, que tanto te alteró, es de esa clínica perdida en el medio de la nada. Cloé y yo recibimos también una, pero no nos pareció nada tan grave. Atendemos a muchas personas en urgencias, seguramente se sintió satisfecho con nuestra atención y por eso nos ofreció trabajo.

—Lydia, tienes que dejar de hacer lo que hagas, atraes a demasiados raritos. Esto es por tus tonteras en urgencias. ¿Sabes que eres la médica que más gastos imprevistos ocasiona en sus turnos de urgencias? ¡Las dos me van a matar! Esta propuesta podría dejarnos a los tres sin trabajo. La junta directiva podría considerar el contenido de esta carta como espionaje empresarial, podrían inhabilitarme. Si quieren marcharse son libres de hacerlo, pero no cuenten conmigo.

Nos apartó de la puerta con una brusquedad desconocida en él y se marchó convertido en una furia. Intenté seguirlo, pero Cloe me detuvo.

—Déjalo, en este momento no puedes hacer nada, necesita relajarse. Quizás la propuesta esté un poco fuera de lugar, pero ya habrá tiempo para analizarla y hablar de forma civilizada. —Se alejó de la puerta, invitándome a hacerlo con ella, y sirvió dos tazas de café y nos sentamos en uno de los sillones de la sala.

—No entiendo, por qué se enfadó tanto. Solo teníamos que hablarlo y ya.

—Lydia, ¡no me puedo creer que no lo veas! Su rabia no es por la carta, en realidad está enfadado porque tiene miedo a que te marches. Llevas meses diciendo que esto no te gusta y que estás esperando ansiosa a terminar tu contrato para aceptar alguna de las propuestas que has tenido. Ahora tienes una.

—¡Otra vez con lo mismo! Él es así, necesita creer que puede conquistar a cuanta mujer se le cruce por delante, pero te aseguro que no pretende nada, somos amigos desde hace muchos años y nunca intentó nada.

—Pero conmigo no es tan atento y nunca lo vi cambiar un turno para coincidir con mis turnos de urgencias.

—Normal, el primer día que lo viste le dejaste claro que sus tonteras con las mujeres no iban contigo.

—Claro, eso puede ser... —Cloe dejó la taza en la mesita que había junto al sillón, suspiro sonriendo mientras tiraba de mi para volver al trabajo.

Aquella carta, si que era un poco atrevida, hablaba del manejo interno de la clínica, de temas un poco delicados como las atenciones sin coste que algunos médicos hacíamos en urgencias, y en particular del sistema de donaciones para este servicio que había creado Denis, el abogado estrella de la clínica. Sin embargo, lo que despertó nuestra curiosidad, fue la gran cantidad de detalles muy personales que tenían. ¿Cómo podían saber tanto? ¿Cuánto tiempo habían dedicado a recopilar información tan precisa? Tenían referencias de nuestra época de residente e incluso de nuestros hábitos de vida. Se habían tomado demasiado trabajo, daba un poco de miedo. Además, ¿por qué nosotros? Resultaba algo sospechoso.

El proyecto era bueno. Original y muy ambicioso. Podría llegar a ser una buena sacudida para el aletargado espíritu aventurero de nuestra época de estudiantes. Además ofrecían una compensación económica digna de ser tomada en cuenta. La única condición era que los tres colaboráramos, no aceptarían a uno de nosotros. Nos extrañó sobremanera que la propuesta no fuese hecha de forma personal. Si realmente les interesábamos, ¿por qué no nos contactaron personalmente?

No sé si fue obra del azar o estaba marcado en nuestro destino, pero teníamos en las manos una propuesta de trabajo, inesperada y muy seductora, redactada con gran destreza.

Amigos

Cloé, y yo, nos conocimos en la universidad, habíamos compartido cuarto en la residencia para estudiantes en La Facultad de Medicina de Clermont – Ferrand durante muchos años. Todas aquellas horas de insomnio y de trabajos a contrarreloj crearon en nosotras unos lazos muy fuertes. Su tranquilidad y mesura eran una excelente contención para mis nervios y mis impulsos a veces desmedidos. Cuando regresé a París, para hacer la especialidad, Denis vio por primera vez a Cloe que había conseguido plaza en el mismo hospital. Pese a que ella era hija única y sus padres vivían Burdeos, eligió París. Estaba claro que las mejores oportunidades estarían allí.

Por aquella época Denis había terminado su carrera de abogado, su especialización en medicina legal lo sumaba a este mundo donde las personas son lo primero y en el que solo puedes estar por vocación.

Vivimos unos primeros meses un tanto turbulentos, mis dos mejores amigos no se soportaban. Tiraban de mí como un muñeco de goma. Mientras ellos se disputaban el título de mejor amigo, yo disfrutaba siendo el centro de sus desvelos. Pero como era de esperar las aguas volvieron a su cauce y comenzamos a ser una piña. Cloe, haciendo uso de sus habilidades fue ganando el cariño de Denis y él aceptó que había mujeres que sabían cuidarse solas y que solo necesitaban de su amistad. Después de siete años compartiendo muchas historias, tanto buenas como malas, a ninguno de nosotros nos resultaría fácil dejar de vernos. Increíblemente teníamos una relación de dependencia que no estábamos muy dispuestos a reconocer.

El aburrimiento de Denis

El mes de julio en mi hermosa ciudad es insufrible, los turistas no dejan un rincón libre, no puedes disfrutar de nada, todo está abarrotado de gente, y por supuesto el tráfico totalmente descontrolado. En los barrios circundantes, la cosa mejora algo, la gente está de vacaciones, todo transcurre con más tranquilidad. La clínica donde trabajábamos estaba en uno de esos reductos privilegiados. Aquel viernes el termómetro marcaba un nuevo record de calor. Nosotras estábamos de guardia en el área de consultas externas. Había atendido solo un niño en casi diez horas, los pediatras sabemos que los pequeños se enferman menos en verano, pero aquello era insólito. Cloé dedicaba su tiempo libre entre paciente y paciente a releer sus apuntes de administración y gerencia hospitalaria. La supervisora de consultas externas se jubilaba y mi amiga soñaba con echarle el guante al asenso y poder reorganizar todo aquello a su gusto. Yo intentaba apoyarla pero, sabía de muy buena fuente que nunca aceptarían a una médica con treinta años para el puesto. Mi padre como médico y miembro de la comisión directiva de la clínica nos lo había advertido pero, Cloé conservaba la esperanza, ya que Denis ocupaba un puesto directivo a pesar de ser tan joven como nosotras. Era una tarde insuperablemente aburrida, hablábamos de nuestro futuro en la clínica, intentando que las horas pasaran más rápidas.

Estaba anocheciendo y nos preparábamos para marcharnos cuando Denis irrumpió como un torbellino en la consulta de Cloé:

—Hola chicas, tengo que hablar con ustedes. —Tras una semana de silencio, reapareció tan afectuoso como siempre sin rastro de su terrible enfado—. Me aburría horrores en casa y se me dio por releer la propuesta de trabajo, creo que no es tan descabellada. —Miró el reloj, se asomó a la ventana, me tocó en el hombro diciendo—. Lydia, tú tienes fuera una madre con un niño, entraron conmigo, atiéndelos rápido y nos vamos a cenar—. Se acercó a la pantalla del ordenador y continuó hablando eufórico, parecía un niño con un juguete nuevo—. Cloé, olvídate de esto, tengo algo mejor para ti.

Mi amiga sonrió, hizo un gesto con la mano —Vete, yo me aclaro con Denis y te esperamos en el aparcamiento, seguro que tiene su flamante coche nuevo mal aparcado y en cualquier momento se tira por la ventana.

Nos miramos asombradas, pero felices por recuperar a nuestro loco preferido.

—Sí, sí, intento darme prisa. A ver si te enteras de que está hablando, dile que me alegra que vuelva a dirigirnos la palabra. —Al abrir la puerta me encontré con la enfermera de pediatría.

—Lydia, tengo un niño que se queja de dolores muy fuertes en una pierna. La madre dice que se cayó con la patineta. —La joven me daba la información necesaria mientras atravesábamos la sala de espera. Una fila de sillas a cada lado de las paredes que dejaban un pasillo. En la consulta un pequeño de ocho o nueve años lloraba desconsoladamente abrazado a su madre.

—Anné, por favor, llama a Cloe y dile que es probable que demore más de lo previsto.

Tras lograr tranquilizar a la madre y a su hijo comprobé que era solo un golpe sin mayores consecuencias. Una hora más tarde, en el aparcamiento me esperaban mis amigos. Hablaban animadamente de pie junto al coche. En cuanto Denis me vio comenzó con una de sus habituales protestas.

—No puedes estar una hora con un paciente, eso no es rentable. Lo examinas, lo diagnostica y fuera. No debes implicarte tanto.

—¡Ya está bien! Son niños, necesito conectar con ellos para poder ayudarlos. ¿Nos vamos? No soportaba que cuestionaran mi trato con los pacientes. Me subí al coche bastante contrariada, Cloe no paraba de quejarse por el calor que habían pasado en el aparcamiento. Afortunadamente Denis había reservado una mesa La maison de jardin. Una vieja casona a las afueras de París, totalmente reformada para instalar un restaurante con aire de campo.

Ya instalados en el jardín junto a una fuente de la que salían diminutos chorritos de agua que cambiaban de color. Denis contaba, con todo lujo de detalles, sus indagaciones sobre la empresa que nos había propuesto trabajo.

—Mi actividad en la clínica está casi terminado, de aquí en adelante todo será muy rutinario. El área legal está perfectamente organizada, todos los contratos están cerrados por tres años. Se podría decir que ya no me necesitan.

Tomó agua y continuó con su análisis de nuestra situación, según su especial punto de vista.

—Tú, Cloé, no sueñes con el ascenso, es imposible que te lo den. Y a ti Lydia, ¿sabes lo que te espera? La consulta de tu padre y ese espantoso novio que no deja de presionarte para que se casen. —Concluyó Denis con un gesto muy desagradable.

—Hace dos meses que rompimos. Además eso a ti no te concierne, así que al grano. ¿Qué nos propones?

—Lydia no te enfades, ya sé que me pasé, pero es que... —Denis intentaba suavizar su anterior comentario tan fuera de lugar—. Volviendo a lo nuestro, Todos sabemos que disfrutas ayudando a la gente. Tienes una fuerza especial, no paras hasta encontrar la solución ideal a cada problema. En el proyecto que nos proponen podrías encontrar la oportunidad de hacerlo.

—Me gusta mi trabajo, conecto con mucha facilidad con los pacientes. Los pediatras aprenden a leer entre líneas.

—No discutan más. Yo tengo una propuesta. ¿Por qué no vamos al pueblo, y vemos de cerca que tal pinta? —dijo Cloé.

Nos miramos, sonreímos y con un gesto relajado asentimos. ¡Volvíamos a ser un gran equipo!

Aquel comentario recondujo la conversación. Planes y elucubraciones sobre el tema fueron despertando cierta ansiedad por saber más sobre el trabajo que parecía ideal para nosotros. Debo reconocer que Denis sabía ser muy convincente cuando se lo proponía. Si había invertido tanto tiempo en buscar información, tenía que haber algo muy bueno. El gusanillo de la aventura se había convertido en una hermosa mariposa dispuesta a volar muy lejos.

Denis, un abogado de gran éxito que se jactaba de ser un hombre hecho para vivir en la ciudad, según sus propias palabras «necesito una inyección de atascos, bocinas y el bullicio de la gente para sentirme vivo». Nosotras, dos prometedoras médicas, que habíamos dedicado una buena parte de la juventud a nuestras carreras, disfrutábamos del ritmo acelerado impuesto por una gran urbe. Los tres con un futuro profesional bastante brillante; sin razón aparente nos dejamos atraer por una propuesta de trabajo en un pequeño pueblo de montaña muy lejos de París.

Un lugar de difícil acceso, pero conocido por su gran belleza con un microclima templado y abundante vegetación.

A casi un mes de recibir la carta iniciamos nuestra aventura; aquel viaje cambió el curso de nuestras vidas.

Atrapada por las flores

Apenas estaba amaneciendo cuando Denis reclamó nuestra presencia en el aparcamiento del edificio donde vivía Cloé. Sabíamos que le gustaba madrugar y que además no era nada paciente, por eso estábamos atentas a su llamada.

—Chicas iremos por carretera —dijo Denis— así disfrutamos del paisaje. Bueno, y también aprovecho para probar el rendimiento del motor en montaña.

Nos miramos desilusionadas, nuestros planes acababan de frustrarse. Por lo general cuando íbamos de viaje Denis conducía y nosotras dormíamos, pero hoy no tendríamos esa suerte.

—Me pido ir detrás— dijo Cloé.

Estaba claro, me tocaba el asiento del acompañante. En ese momento la odié con todas mis fuerzas.

—Tengo quinientas canciones que vienen cargadas de fábrica, puedes elegir por autor o por estilo —dijo Denis— ya programé el GPS con la dirección del pueblo, pero también traje un mapa, por si no hay buena señal en la zona de montaña.

Me temía lo peor, escuchar todas las bondades del juguete nuevo, pero por fortuna la conversación se centró en la propuesta de trabajo. La privilegiada dormía en el asiento trasero, mientras nosotros organizábamos nuestra llegada y el plan a seguir.

—Poco tráfico, a pesar de ser plena temporada de verano — dijo Dennis.

«¿A quién se le puede ocurrir salir de viaje a esta hora? Está claro, solo a ti». Pensé que sería mejor que me centrara en la música y que disfrutase del paisaje. Según nos acercábamos a la zona de montañas la carretera se estrechaba y la conducción se tornaba algo más complicada. Como copiloto mi principal misión era poner música y mantenerme atenta a los carteles indicadores.

—Mira ese cartel, indica el desvío hacia Vallée fleurie. Tienes que tomar la próxima salida, a cinco kilómetros. Según este mapa es zona de bosques, pero el camino parece muy recto.

Al incorporarnos en la nueva carretera el paisaje cambió drásticamente. Después de avanzar un par de kilómetros, Denis disminuyó la velocidad hasta casi detenernos y se inclinó sobre el volante para admirar la arboleda.

—¡Qué maravilla! —se reclinó en su asiento y movió la cabeza con gesto de sorpresa.

Un camino flanqueado por árboles centenarios que se inclinaban uno sobre otros, como amorosos brazos, creando un frondoso túnel. Un cobijo perfecto para los viajeros, quienes no podían imaginar que tras pocos minutos se verían lanzados a un diluvio de sensaciones. A unos pocos kilómetros los árboles comenzaban a ralearse y el paisaje cambiaba de forma radical.

Al final del verde túnel, como si de una puerta mágica se tratase, hacían su aparición cientos de plantaciones y un ardiente sol nos deslumbraba. Un extenso valle cubierto por una alfombra multicolor. Flores de las más diversas especies, dispuestas en franjas alineadas, que lucían tan mullidas y suaves que animaban a tocarlas. Era como si estuviésemos entrando en otra dimensión.

Según avanzábamos hacia el pueblo, un perfume a lavandas invadía nuestros sentidos, al principio fresco, pero cobraba cada vez más fuerza haciéndose penetrante y seco. Todo resultaba especial, como una copa de embriagantes sensaciones que se deslizaba con tanta sutileza que no podíamos resistirnos.

Recuerdo aquella mañana, me sentí atrapada por las flores. Una energía desconocida flotaba en el aire, imposible no enamorarse de aquel valle.

Más que un trabajo...

Tras alojarnos en el hotel recorrimos la ciudad sin dejar de maravillarnos a cada paso. Tanto color y esos perfumes que se mezclaban, creando una atmósfera densa y turbadora. No sé si solo era un deseo personal o la influencia del entorno, pero la sensación de pertenecer aquel lugar crecía dentro de mí.

La propuesta de trabajo provenía de una obra social, constituida con fondos de las dos cooperativas más grandes de la región. Floricultores y perfumistas eran el principal eje de la economía. Ambas cooperativas aglutinaban el 75 % de los trabajadores de la región de forma directa o indirecta. El auge del mercado les había llevado a obtener unos rendimientos excelentes.

Los excedentes obtenidos se invertían en desarrollo y bienestar de la zona y sus infraestructuras. Sus principales focos eran educación y salud. En este último punto entrábamos nosotros, debíamos organizar algo más que una simple clínica, sería un centro modelo de atención general y especializada. Un verdadero reto que no podíamos dejar de lado. Al margen de lo bello del lugar y la magia que desprendía, la propuesta era única en su tipo.

Aquel hombre y sus profundos ojos azules

Al regresar al hotel el recepcionista nos indicó que había unas personas que necesitaban hablar con nosotros y nos señaló una pequeña sala junto al ascensor. Sin mediar palabra Dennis se dirigió al sitio indicado y nosotras lo seguimos. La habitación estaba pintada de amarillo intenso con escaso mobiliario, decorada con cuadros de las plantaciones de flores. En el centro una mesa rectangular rodeada de ocho sillas y en un lateral un par de sillones grandes. Dentro nos esperaban tres hombres, dos jóvenes y uno algo mayor que se erigió como portavoz.

—Por sobre todo queremos pedirles disculpas por la intromisión en vuestros planes. En las ciudades pequeñas, casi todos tenemos más de un oficio, yo además de dirigir este hotel, que es un negocio familiar, soy miembro de la comisión que intenta poner en marcha la clínica. —Sonrió de forma algo maliciosa—. Al ver vuestros nombres en el registro no pude evitar comentarlo con los responsables del proyecto, —dijo mientras señalaba a sus acompañantes— permítanme que les presente a René, el abogado de la comisión —que con su aspecto informal y relajado transmitía cierto aire de confianza. Sonrió mientras su interlocutor continuaba con las presentaciones— Frank, este joven es nuestro alcalde y el presidente de la cooperativa de floricultores. —Su aspecto, al contrario que René, era muy serio, al nombrarlo solo esbozó una sonrisa y su cara enrojeció—. Estos dos caballeros fueron los que propusieron vuestra candidatura para los puestos directivos. Bueno, ¿no sé si estaban al corriente de este detalle?

El director del hotel parecía muy complacido de habernos conocido. Casi diría que estaba esperando nuestra visita.

—Lo que son las coincidencias de la vida. Si se hubiesen alojado en el hotel del centro, con seguridad vuestros planes no hubiesen tenido ninguna interferencia. —Volvía a dibujar una sonrisa cargada de ipicardía.

—En realidad una mujer nos indicó el camino, lo destacó como el ideal para viajes de fin de semana —dijo Dennis

– Bueno, una pequeña trampa del destino – dijo el hombre –. Bien, hechas las presentaciones les dejo con los interesados. Espero que disfruten de la estancia. Quedan en buenas manos.

René nos invitó a sentarnos en los sillones. Todo sucedía con tanta rapidez que resultaba difícil reaccionar. Al salir, el director del hotel, dejó entrar a un muchacho con una bandeja con bebidas frescas que colocó sobre una pequeña mesa de cristal.

– En la jarra hay limonada natural y en la botella agua fresca.

– Gracias, ya me encargo yo. – René sirvió la limonada y nos alcanzó un vaso a cada uno –. ¿Si prefieren hay otros refrescos?

– No, está bien – dijo Cloé mientras sonreía de forma coqueta a René.

Mientras tanto Frank intentaba explicarnos la razón de esa improvisada reunión.

– Bueno, por si no recuerdan mi nombre, soy Frank, espero hayan disfrutado del paseo. Lamento que no nos avisaran de vuestra llegada les hubiésemos recibido de mejor forma.

– En realidad intentábamos conocer el lugar antes de tener un primer acercamiento con los responsables de la intrigante propuesta de trabajo – dijo Dennis.

René, algo más interesado en las miradas de Cloé, hizo poco caso al comentario de Denis, pero Frank, que parecía bastante nervioso, se disculpó y continuó hablando del proyecto de la clínica. Cuando terminó me sorprendió con su pregunta.

– ¿Es usted la pediatra, verdad? Estaré encantado de enseñarle la clínica.

Sin esperar respuesta continuó diciendo:

—Mañana a las nueve la recojo, no desayune, lo haremos en la cafetería de la plaza. Lleve zapatos cómodos, le enseñaré el pueblo. No se preocupe por sus amigos vendrá un coche a recogerlos para llevarlos a conocer las plantaciones. Se lo pasarán muy bien. —Sin permitir que respondiera se despidió y se marchó con paso acelerado como si en ello le fuese la vida.

«Este hombre es algo prepotente, y presupone demasiadas cosas». Su actitud era poco aceptable para ser la del alcalde del pueblo. Al principio me pareció algo tímido, pero ahora se había pasado con tantas pretensiones.

Desde luego mi primera impresión no fue muy buena, si su objetivo era convencernos de aceptar la propuesta, no lo estaba haciendo de la forma más adecuada.

René intentó disculparlo.

—Siempre está muy acelerado, lo malo de ser pluriempleado. Lamento decirlo pero yo también tendré que abandonarlos. Mañana nos vemos, seré vuestro acompañante. —Señaló a Denis y Cloé.

Al salir se detuvo junto a la puerta, se volvió y dijo:

—Sin tacones, no caminaremos mucho, pero visitaremos lugares donde no serían apropiados —Una mirada de complicidad entre él y Cloé quedó flotando en la sala.

Aquel torbellino de palabras me dejaron sin aliento. Había perdido toda capacidad de reacción. Asentí con la cabeza, aun cuando el mensaje no era para mí.

Mis compañeros de viaje, tan perplejos como yo, no entendían la razón de enseñarnos el pueblo por separado.

Cloé se apresuró a preguntar — ¿Es que ya has aceptado el puesto?

—No, no sé de qué habla ese hombre, solo quería conocer el lugar. Ese era nuestro plan, ¿verdad? Pienso seguirlo. Bueno me voy a la cama. Estoy muy cansada. Y ustedes deberían hacer lo mismo.

Tendremos un día muy ajetreado y está claro que nos presionarán para que tomemos una decisión.

La noche me pareció eterna, no podía dormir y no dejaba de darle vueltas a todo lo que nos habían contado sobre el proyecto médico. Solo recordaba sus profundos ojos azules clavados en los míos y su perfume a lavanda, que parecía envolverlo todo, me sentía hechizada. Era imposible dejar de pensar en él.

Este es tu lugar

A la mañana siguiente, casi sin dormir, estaba preparada en la recepción del hotel, puntual y nerviosa como una adolescente. Contaba con un discurso, que había preparado durante una larga noche de insomnio, pero nunca fui capaz de darlo. Todas aquellas palabras quedaron dando vueltas, para siempre, en mí deslumbrada cabecita.

¡El alcalde se había transformado! Parecía otra persona. Su vestimenta informal le otorgaba un aspecto, cercano y cálido. Lucía muy relajado como si los relojes se hubiesen detenido. Su único interés era mostrarme el pueblo y sus peculiares habitantes. Mientras recorríamos la ciudad me contaba historias de cada una de las personas con las que nos cruzábamos. Me presentaba como la nueva pediatra y yo me sentía incapaz de desmentirlo. Después de un día muy intenso, casi podía decir que conocía aquel lugar mejor que la ciudad donde vivía desde niña.

El recorrido comenzó con el desayuno en la cafetería de la plaza central. Margot, dueña del establecimiento, tenía un trato muy familiar con Frank. A medio día comimos en un restaurante algo retirado ubicado al pie de la montaña y muy cerca de las plantaciones de lavanda. El salón principal estaba en una cueva, decorada con cuadros de los primeros pobladores. En las vitrinas destacaban platos y tazas muy antiguos. Frank comentó que los fundadores del pueblo provenían de ciudades que estaban al otro lado de la montaña.

—Esta cueva fue el primer refugio de mis antepasados. Aquí se cobijaron después de cruzar esta inmensa mole de piedras que tenemos sobre nuestras cabezas —dijo Frank, dibujando una sonrisa.

El ambiente tranquilo y familiar me animó a preguntar.

– Frank, ¿Por qué Nosotros? ¿Por qué esta propuesta?

Se quedó mirándome durante un momento con expresión de sorpresa. Movi6 la cabeza con duda y comenz6 su explicaci6n diciendo.

– Nada es casual. Hace algo m6s de un a6o, mi socio y yo est6bamos en la ciudad y sufri6 una intoxicaci6n, entonces nos vimos obligados a ir a urgencias. – Su tono de voz cambi6, estaba muy tenso. Volvía a ser el Frank distante y acelerado del día anterior.

Continu6 su relato sin dejarme intervenir en su mon6logo.

– Al salir del restaurante en busca de un taxi, una mujer nos sugiri6 que fuésemos a la Clínica del Norte – dijo Frank.

– ¡En ese lugar trabajamos nosotros!

– Sí, allí te vi por primera vez. Mientras esper6bamos ser atendidos, lleg6 un ni6o que había sufrido un accidente. Tú estabas de guardia, cuando entr6 la madre con el ni6o inconsciente en sus brazos, no dudaste ni un segundo y como un torbellino, sin dar tiempo a las enfermeras a nada, lo llevaste dentro.

– Sí, recuerdo aquel ni6o. – Interrumpí intentando justificarme – . No tenía seguro y en la clínica no lo podíamos atender, debíamos derivarlo al hospital central, pero había que operarlo de inmediato, no resistiría un traslado. Asumí el riesgo sin pensar en las consecuencias.

Creo que ese día me excedí, pero volvería a hacerlo.

– Estuvieron muy bien. – Frank sonri6 y continu6 con su historia – . ¡Los tres forman un gran equipo! Cloé control6 la situaci6n con mucha habilidad, hasta me atrevo a decir que es un buen catalizador para tu carácter impulsivo.

Mi acompañante consider6 aquel comentario como un piropo, pero a mí me comenzaba a incomodar.

– ¿Cómo sabes tanto de aquel incidente?

–La mujer que nos había enviado a vuestra clínica de repente apareció en urgencia se sentó con nosotros y nos contó lo que estaba pasando. Quizás la recuerdes, era bastante peculiar, vestía de blanco y el cabello liado en un moño, no sé, todo su aspecto era como muy antiguo. Habló contigo unos minutos antes de que se llevaran al niño.

–Sí, recuerdo que alguien que yo no conocía se acercó diciendo: “todo está solucionado, continúa con tu trabajo” y se marchó. Supuse que sería alguien de la junta directiva.

–Después de hablar contigo –continuó explicando Frank– se acercó y comentó con lujo de detalle todo lo que estaba sucediendo. Ensalzó la labor de Denis para que se autorizase la operación sin costes. Pero lo sorprendente fue cuando dijo: «En tu pueblo debes abrir una clínica gratuita donde todos tengan los mismos derechos».

Unos segundos después desapareció entre las personas que estábamos allí. Aquella idea quedó dando vueltas en mi cabeza hasta que logré hacerla realidad. Solo me falta contratar a los mejores.

Sonrió con gesto relajado, sirvió vino y propuso un brindis por la extraña mujer y la nueva clínica.

–Que oportuna intervención, primero nos envía a la clínica y luego aparece por allí.

El comentario de Frank no me parecía muy acertado y no me gustaba nada el giro que podía tomar la conversación.

–Bueno, los curiosos siempre abundan en urgencias y además suele gustarles opinar y hacer miles de sugerencias.

Mi tono y mi respuesta hacían evidente que quería cambiar de tema. Él, pese a su interés en los sucesos de aquel primer encuentro, desvió con habilidad el tema de conversación y concluimos con una amena sobremesa. El resto de la tarde la pasamos en las instalaciones de la futura clínica. Comprobé las inmejorables condiciones con las que contaríamos; si aceptábamos colaborar con el pueblo. Al regresar al hotel cogió mi mano y puso en ella una llave y dijo:

– Esta es tu clínica, quiero alguien que dirija este sitio con el corazón. Busca el personal que necesite, contacta con otros médicos. Eres la persona elegida.

Me dio un beso en la mejilla y se marchó con prisas.

Por unos segundos el miedo me paralizó. Me vi sola, en un pueblo que parecía sacado de un cuento de hadas. En mis manos un proyecto demasiado ambicioso y difícil de concretar. ¿Por qué iba a cambiar toda mi vida por los sueños de otro?

Cruzando la calle, a cincuenta metros tenía la parada del autobús que me devolvería a mi mundo. A mi espalda el hotel. Si me marchaba esta incertidumbre se acabaría. Comencé a caminar hacia la acera de enfrente, intentando escapar de tanta presión, pero el encargado de recepción salió a buscarme.

– Señora. Sus amigos le han dejado un mensaje.

– Bien gracias, en unos minutos lo recojo. Estaba siendo un poco egoísta, si me marchaba sin ellos no me lo perdonarían.

Entré en el hotel, recogí la nota y subí a mi habitación por las escaleras. Necesitaba poner en orden mis ideas. Sería otra larga noche de insomnio.

Nos están manipulando

Cloé y Denis habían disfrutado de un gran día de vacaciones. Recorrieron la región en plan turista, visitaron los rincones más exóticos y degustaron los platos típicos de la gastronomía lugareña.

Cloé con su acostumbrado aire de inocencia y timidez se ganó la confianza de René. A media tarde tenía información muy interesante sobre el proyecto que nos traía a este pueblo. Bella, astuta y muy hábil. El control era lo suyo.

Cuando regresaron al hotel nos reunimos en mi habitación para comparar experiencias.

Cloé tomó el mando y comenzó con su especial versión del paseo. Mientras describía el paisaje, la comida, el clima, no dejaba de destacar la amabilidad de René.

Denis, escuchaba sin inmutarse nuestros relatos. De repente nos hizo callar con gesto de enfado y perplejidad.

—¡Nos están manipulando! No veis la jugada. A ti Lydia que te saben impulsiva, impresionable y sentimental te presentan la cara más humana, la propuesta de servicio, a Cloé y a mí nos lían con banalidades. Un gran reto, un desafío empresarial, ideal para una obsesa del control y un pretencioso abogado de ciudad. ¡Está claro, que hábiles que son!

Denis era frío y analítico. Si había algo oculto solo él podía descubrirlo. ¡Qué menos podíamos esperar!

—¡No! No, no —un rotundo no, de las mujeres, resonó en la habitación.

—Bueno. ¿Quién habla? —Preguntó Denis mientras no paraba de gesticular— Ustedes, dos brillantes médicas o vuestras hormonas. Reconozco que los hombrecillos están de muy buen ver, pero un poco de cordura. ¡Volvamos a la tierra! Analicemos la situación con frialdad. —Su enfado crecía con cada palabra. Golpeaba con el puño la palma de su otra mano. Caminaba mirando hacia el suelo sin decir palabras. Casi nos daba miedo. Después de unos minutos se detuvo y dijo.

—Vale, Si nos van a manipular debemos ser conscientes de ello y obtener el mayor beneficio posible. Yo las metí en este embrollo y yo las sacaré.

Ya había visto antes esa cara, nos tocaba uno de sus típicos discursos realistas, pero molestos, aunque siempre terminábamos agradeciendo que lo hiciera.

Denis estaba en lo cierto. No debíamos dejarnos impresionar. Sopesar todas las posibilidades, para ver la luz.

Tras muchas horas de desvelo, largas conversaciones entre amigos, tomamos una decisión.

Nuestro destino estaba marcado

Una propuesta distinta. Éramos jóvenes llenos de energía y ambición y habían confiado en nosotros para dirigir un centro modelo.

Yo me sentía demasiado confundida. Por un lado en la ciudad mi padre esperaba que me hiciese cargo de su consulta. Tenía miles de planes para los dos. No sé cuantas veces había dicho «ya estoy viejo para tanto niño, es tu turno». Él estaba seguro de que yo continuaría con su labor. Mi hermana estudió neurología y se marchó con una beca de perfeccionamiento a Los Ángeles. La primera gran desilusión para mi padre. ¡Y ahora yo! ¿Cómo decirle que iba a dejar una de las consultas más prestigiosas de la ciudad para venir a este pueblo? ¿Cómo le explico? que este lugar es mágico y que debo quedarme aquí.

Mi amiga, no dudo ni un segundo en aceptar. En sus manos estaba la organización de las consultas. Le entusiasmaba la idea de crear un sistema mucho más flexible y humano. Ponerse al frente de un grupo de especialistas, poder tener un protocolo hecho a su gusto, la dejaba sin aliento. Denis, como buen abogado se lo pensó algunos días más, pero finalmente cambió el bullicio de la ciudad por el ajetreo de poner en marcha una clínica. Montañas de papeles, estrés y adrenalina. Era su estilo.

Las cooperativas de perfumistas y floricultores no escatimaron en gastos. Teníamos a nuestra disposición la mejor infraestructura del mercado.

Nuestro destino estaba decidido, este valle sería nuestro hogar.

¡Menuda mujer se trae Frank!

Un intenso verano fue el punto de partida de aquella frenética aventura.

Frank se convirtió en nuestra mano derecha. Su colaboración era incondicional.

La junta directiva estaba constituida por doce personas, entre las que nos encontrábamos. Pero la decisión definitiva estaba en manos de Frank, como representante del ayuntamiento, René por las cooperativas y Lana, directora del departamento de bienestar social. Ella era amiga de Frank desde la infancia, e hija de Margot, la dueña de la cafetería del pueblo.

Recuerdo la primera reunión, el día de nuestra presentación oficial ante nuestros compañeros de trabajo. La mayoría pertenecía al pueblo y se conocían muy bien. René ejerció de anfitrión, un desayuno relajado; zumos, frutas, café, galletas, risas, y miradas curiosas, bastante buen ambiente.

El inmenso ventanal de la sala fue el principal tema de conversación. Desde el tercer piso donde nos encontrábamos se veía toda la ciudad. El parque que rodeaba al edificio le otorgaba un entorno privilegiado.

—Bueno gente, se terminó el desayuno, por allí viene el jefe. —dijo René, señalando hacia el parque, mientras se giraba alejándose de la ventana, dejó su taza de café y comenzó a colocar sobre la mesa de reuniones una serie de carpetas.

—¡Menuda mujer se trae Frank! —dijo Denis.

Creo que fue una reacción inconsciente, según terminó su frase frunció el entrecejo, se rascó la cabeza y se alejó de la ventana.

—Es Lana, —dijo con cierta ironía uno de los integrantes— trabaja en el ayuntamiento. Ya tendrás tiempo para conocerla.

René fulminó al joven con la mirada, mientras este se alejaba de la ventana en busca de su lugar en la mesa.

Cloé y yo, muy por el contrario nos plantamos frente a la ventana. No podíamos ver demasiado, llevaba un sombrero de paja, muy veraniego, que cubría una parte de su rostro, su ropa de colores claros, resaltaban el bronceado de su piel. Avanzaba con seguridad, cogida del brazo de Frank.

Sabía que la estábamos observando, levantó la cabeza y nos miró con tal templanza que casi nos avergonzamos de nuestra curiosidad. Sonrió, o por lo menos dejó que su boca fingiera un intento de hacerlo. Inclino la cabeza dejando ver solo una parte de su rostro mientras saludaba moviendo suavemente una flor que llevaba en su mano derecha.

Solo colaboraremos por el bienestar del pueblo

Nuestros primeros contactos con Lana, fueron algo tormentosos. En casi todas las reuniones del comité, siempre objetaba nuestras decisiones. Sus propuestas eran buenas pero muy ambiciosas y en ocasiones le faltaba la visión general que nosotros podíamos aportar, pero ella nos veía como intrusos; no aceptaba nuestro papel en el proyecto. Su estrecha amistad con Frank y su familia, le daban demasiadas alas y en algunos momentos era casi impertinente y altiva. No teníamos buena conexión y eso perjudicaba nuestro trabajo. Denis y Cloé estaban seguros de que se trataba de celos. La relación entre Frank y Lana era muy estrecha, sin duda algo más que amigos. Todo eso me producía una gran angustia y no me permitía ser todo lo profesional que se esperaba de mí. Me sentía deslumbrada por Frank, pero no podía permitir que eso interfiriese en mi trabajo. No sabía si Lana estaba liada o no con él, pero sí que era evidente que yo le caía muy mal.

El clima de trabajo era muy estresante y decidí tomarme una semana de vacaciones. Navidad y fin de año serían una buena excusa para tomar distancia y reorganizar mis ideas.

Una mañana de camino a la clínica me crucé con una mujer, extraña, muy relajada, pero con algo de descaro en su forma de hablar.

– Buenos días Lydia. – dijo aquella extraña mujer.

Todos en el pueblo eran agradables pero algo distantes y nunca me habían abordado de forma tan directa.

– Buenos días. – Acompañé mi saludo con un gesto de curiosidad—. Perdona, pero no recuerdo su nombre.

– No me conoces, pero yo a ti sí. Además, me recuerdas a otra Lydia que vivió en el pueblo hace tiempo. Éramos muy buenas amigas.

Quería preguntarle de quién me hablaba, pero por alguna extraña razón las palabras no salían de mi boca, solo era capaz asentir y sonreír.

–Lana es una muchacha un tanto complicada, pero tiene buen corazón. Está muy sola y Frank es para ella lo más parecido a un hermano –dijo la mujer.

–Sí, tiene buenas ideas para el pueblo, pero debe dejar que los especialistas las concretemos de la mejor forma posible. No es fácil llevar adelante este proyecto, requiere de mucha cooperación; discutiendo y rivalizando no lograremos nada. –Debía dejar muy clara mi posición respecto a Lana.

–Tampoco huyendo. Tu decisión no es la más correcta. Si te marchas defraudarás la confianza de tus amigos y de muchas personas más –dijo la mujer.

–Serán solo unas vacaciones para retomar fuerzas. – Aunque nunca supe por qué compartí mi intimidad con ella.

–Lydia, si te marchas, no volverás. Todo cambiará y nada habrá valido la pena. Se hizo un silencio penetrante, la mujer seguía caminando a mi lado sin articular palabra. Su actitud dejaba ver una mezcla de enfado y angustia inexplicable que me estaba incomodando. Mientras seguíamos avanzando rebuscaba en mi bolso caramelos o chicles para ofrecerle y romper la tensión.

Al acercarnos a la clínica vimos la figura de Lana, inquieta dando pasos cortos delante de la puerta. Pensé que no podía permitir, que nuestra mala relación siguiera malogrando mi trabajo. Decidí hablar con ella y aclarar la situación; no es de adultos el malestar en el que nos movíamos. Me volví para despedirme de la mujer, pero ella ya no estaba, había desaparecido sin más.

Al llegar a la clínica Lana me increpó.

–Sabes que no me gustas, pero Frank y los otros te eligieron. Sé que en este momento la prioridad es la clínica. Que te quede claro. ¡Nunca seremos amigas! Solo colaboraremos por el bienestar del pueblo. –Lana protagonizaba toda una escena de celos que me dejó desencajada.

–Sí. Nuestra relación será solo profesional. –La aparté de la puerta, restando importancia a su amenaza, y me dirigí a la sala de juntas con toda la tranquilidad que mis temblorosas piernas me permitían.

«Qué pasa conmigo, ¿por qué no soy capaz de enfrentarme y poner fin a esta estúpida rivalidad?»

A partir de aquel momento las reuniones comenzaron a ser mucho más productivas, discutíamos pero con verdadero sentido. Comenzábamos a ser un equipo. Todo era muy intenso, no podía alejarme ni un segundo a hora que todo comenzaba a funcionar.

Mis padres seguían algo molestos por mi cambio laboral, pero intentaban comprender mis razones. Para mejorar la deteriorada relación que teníamos decidieron pasar las Navidades y el año nuevo en el pueblo. Por fin conocerían el lugar que le había robado a su hija pequeña.

Si no escupes todo tu rencor vas a morir envenenada

Una noche solo quedábamos Lana y yo trabajando. Era muy tarde y recibimos una llamada. Un centro de investigación nos donaría una cantidad de dinero muy importante.

—Lana, lo conseguimos, tenemos el dinero para tú proyecto. Podrás poner en marcha el centro de asistencia social con un departamento de neurociencia dedicado a niños y adolescentes. ¿No te parece genial? ¿No te sientes feliz?

—Tú siempre logras lo que quieres, ¿verdad? —contestó mientras por sus ojos salían puñales.

—Lana somos un equipo, buscamos lo mejor para el pueblo.

—Pero tú te llevas el mérito, tú conseguiste el dinero. Lo tienes todo, los contactos, los conocimientos y no dejas nada para los demás.

—Lana esto ya es personal. ¿Por qué me odias?

—No te hagas la tonta, lo sabes muy bien. Él era lo mejor que tenía y tú me lo vas a quitar. —Su rostro se transformaba por segundos, casi me daba miedo

—Lana, debes escupir todo ese rencor o morirás envenenada.

—De rencor yo sé mucho. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Me abalancé sobre ella, a pesar de que era mucho más alta y corpulenta que yo, la detuve de un brazo. Se volvió con una mirada amenazante, pero no podía permitir que se marchara sin aclarar la situación. No eran celos profesionales, se trataba de un hombre y eso tenía poca solución. Todo mi cuerpo temblaba pero me adelanté y cerré la puerta.

—No te vas a marchar hasta que me cuentes que hay entre Frank y tú. —Le dije mientras señalaba el sillón.

Tras unos segundos se rompió el silencio. Lana respiró con si fuese su último aliento, se acercó y con una actitud menos agresiva, comenzó a hablar con cierta resignación.

—Frank y yo solo somos amigos, él siempre me ha visto como una hermana. Mis sentimientos, y tú lo sabes bien, son muy distintos. Siempre estuve enamorada de él, antes me bastaba con estar a su lado, pero al aparecer tú en su vida yo pasé a ser solo un fantasma. Cuando te vio la primera vez, hace más de un año, en urgencias en la clínica de la ciudad, quedó impresionado. No dejaba de hablar de ti.

—Solo cruzamos una mirada en medio de la confusión, mientras atendía al niño.

Mi desconcierto iba en aumento, sabía que el motivo era Frank, pero nunca imaginé que venía de tan lejos.

—A los pocos días hizo una donación, de su patrimonio personal, para los fondos de atención solidaria del departamento de pediatría. —Mientras Lana hablaba su tono de voz se iba relajando.

—Yo no sabía que había sido él —dije mientras apartaba una silla para sentarme y señalaba otra para Lana.

—Tú en la más completa ignorancia y yo soportando que me hablase todo el día de la doctora, tan lista, tan guapa, estaba deslumbrado contigo. ¡Te odiaba mucho antes de conocerte!

—¿Por qué es tan distante conmigo?, solo nos vemos aquí en la clínica y nunca me dejó entrever nada.

– Cuando te vi la primera vez pensé que Frank estaba loco. Eres tan, pequeña, delgada, siempre nerviosa, me pareciste poquita cosa. ¡Te odié incluso más!

– Lana. ¡Qué todavía estoy aquí! Por favor, yo también tengo sentimientos.

– Me pediste sinceridad. Para Frank y el resto de la junta eres perfecta, siempre segura, decidida, creativa, lista, con una personalidad impactante. Pero yo no te soporto, cuanto más tiempo paso contigo más segura estoy que Frank nunca será para mí. ¿Entiendes por qué te odio?

Se hizo un gran silencio yo no podía articular palabra. Lana estaba furiosa pero no agresiva, su franqueza la había liberado.

– Sabes Lydia, que es lo peor, Frank nunca te dirá nada. Hará cosas para tenerte a su lado, como por ejemplo montarte una clínica. No quiero imaginar lo que haría para darte un beso. – Lana casi no pudo terminar la frase y esbozó una sonrisa.

Tenía delante de mí a una persona distinta. Recordé lo que aquella mujer me dijo sobre Lana. Merecía liberarse de su obsesión. Sus ojos ya no lanzaban puñales, su rabia se había transformado en aceptación.

– Lana, recién me doy cuenta, tus ojos se parecen a los de Frank.

– Sí, mis ojos quizás sean uno de los motivos por los que Frank me ha visto siempre como una hermana.

Me levanté y abrí la nevera buscando algo que beber, solo había agua y una botella de vino, cogí una en cada mano y me di vuelta, Lana sin dudarlo señaló el vino. Se levantó y puso sobre la mesa dos copas.

– ¿Cuánto hace que no comemos nada? – La pregunta se escapó de mi cerebro mientras servía las copas.

– Eres repelente. Qué más da, calla y bebe – dijo Lana mientras tomaba su copa.

Continuamos nuestra conversación en donde el tema central era Frank. Los dos lo queríamos, era el motivo de nuestro enfado. Teníamos derecho. Cuando terminamos la botella Lana se levantó, caminó hacia la puerta susurrando.

– Esto nunca pasó, nunca seremos amigas, solo trabajaremos juntas por el bien del pueblo.

– ¿Pero ya no nos odiamos? – dije casi sin pensarlo.

– Eso también. – Lana cerró la puerta con demasiada fuerza, casi un portazo. Su manera de dejar zanjada una etapa de su vida algo complicada. Yo me sentía conforme, estaba segura de que todo cambiaría a partir de aquel momento y me acurruqué en el sillón. Cloé cenaba con René, necesitaban intimidad. Pensé: «mejor duermo un ratito aquí y luego voy a casa».

A la mañana siguiente me despertó la señora que hacía la limpieza. Creo que allí comenzó mi afición a dormir en los sillones.

Y llegó la primavera

La llegada de la primavera era el tiempo límite para que nuestra clínica se pusiese en funcionamiento. Todo marchaba sobre ruedas. Era tiempo de disfrutar.

Cada día nos sentíamos más integrados ya casi éramos uno más del pueblo.

Denis, siempre liado entre papeles, se dejaba querer en busca de la pareja ideal. Cloé a pesar de su obsesión por el control y la perfección había encontrado el amor de su vida. Ella y René parecían muy compenetrados. Hasta Lana abandonó su obsesión por Frank y tonteaba con un compañero de trabajo.

Yo intentaba disimular lo que era evidente. Cada día más enamorada de aquellos ojos azules. Mi cerebro se desconectaba cuando estaba frente a él. Podía dirigir una clínica con más de cincuenta personas, y no era capaz de articular tres frases seguidas sin tartamudear cuando su perfume a lavanda invadía mis sentidos.

Cloé y yo compartíamos una pequeña casa muy cercana a la clínica. Con la llegada de la primavera solíamos ir caminando a trabajar. Una brisa tibia, húmeda y perfumada nos acompañaba bajo un sol intenso. Una mañana, muy cerca de la plaza nos vimos envueltas en un torbellino azul. Cientos de mariposas que salían del bosque nos atropellaron y pasaron sobre nosotras. Volaban de forma frenética hacia los sembrados.

-¡Han llegado! -Alguien gritó comenzando los festejos.

Solo bastaron dos palabras y el pueblo enloqueció. Todos salieron a la calle, los negocios quedaron vacíos. Los niños, ajenos a toda obligación, jugaban con las mariposas. Nosotras paralizadas ante semejante espectáculo.

En ese momento apareció Frank. De la nada o de la nube azul que descontrolaba al pueblo.

-¿Seguro que nunca habían visto este fenómeno? -Nos dijo, usando su pregunta a manera de saludo.

-Estos bichos son muy impertinentes. -Se apresuró a contestar Cloé.

-¿Es que les tienes miedo? Mira que bellas son. -Frank extendió su mano sobre una planta y una mariposa se posó sobre sus dedos.

-Es una hembra, sus alas son azules, pero tienen lunares marrones y amarillos.

Tomó mi mano y dejó la mariposa en ella. Tras unos segundos se posó otra toda azul.

-Es un macho, está buscando su pareja.

Me miró como intentando decirme con sus ojos lo que sus labios no sabían pronunciar. En ese instante todo desapareció a mí alrededor y solo veía sus profundos ojos azules.

-Hola, yo todavía estoy aquí. -Cloé, retomando su posición en la escena y quebrando la magia del momento.

Frank intentó desviar la atención contestó

–Sí. Claro. ¿Les apetece que desayunemos en la cafetería de la plaza? Así les cuento por qué es tan importante este fenómeno para nuestro pueblo.

–Sí, bueno, pero, la clínica. –Mi cerebro se desconectó

–Lydia. No te preocupes. Hoy nadie se enfermará – afirmó Frank.

Se colocó entre las dos, nos cogió de los hombros y nos condujo hacia el café. Tras unos minutos logré relajarme y disfrutar de la fiesta.

–En el ayuntamiento está expuesto, en la vitrina de la sala de juntas, un pergamino con la leyenda del segundo asentamiento –dijo Frank–.Yo se las cuento más o menos, es triste e intensa pero explica el porqué de tanta algarabía.

La leyenda

Frank comenzó el relato diciendo:

Cuenta la leyenda que hace dos siglos más o menos: unas quince familias estaban pasando hambre, sus tierras ya no producían nada y los hombres no conseguían trabajo.

Entonces decidieron marcharse en busca de nuevas tierras. Ya en aquella época se tenían referencias de este valle. Tras un largo y difícil viaje se instalaron aquí, un grupo en la zona de las cuevas de la montaña, para criar animales y otro en la llanura para sembrar las semillas que traían. Al parecer todo marchaba muy bien, hasta que comenzaron los conflictos por el poder y el dinero. En una de las rencillas los acuíferos se contaminaron y las habitantes enfermaron; muchos de ellos murieron. Los pocos sobrevivientes decidieron refugiarse en el bosque. Dejaron sus casas y enterraron sus muertos en una fosa común. Hay algunas versiones que hablan de una maldición, pero no se...

Tras algunos meses alejados del valle, una mañana de primavera, los sobrevivientes, que intentaban reorganizar sus vidas en los límites del bosque, vieron un grupo de mariposas azules, atravesar su pequeña aldea, con dirección al antiguo poblado. Los invadió un sinfín de sensaciones; sorpresa, temor y confusión, nunca habían visto mariposas tan bellas. El azul de sus alas les daba una imagen etérea, casi inexplicable. Según los relatos más tradicionales cuentan que durante unos segundos se posaron sobre ellos, luego revolotearon como tratando de indicarles un camino. Atraídos por la curiosidad decidieron seguirlas.

Al llegar al valle se encontraron los campos y algunas casas cubiertas de flores. No había huertos solo flores. Aquel penetrante olor a muerte ya no estaba. Las mariposas revoloteaban de forma incansable. Tomaron aquel hecho como una señal y decidieron regresar y establecerse en el valle. Abrieron las fosas comunes y trasladaron los restos de sus seres queridos a las entrañas del bosque. Allí encontraron un lugar muy oculto entre arbustos y matas. Supusieron que alejando los cadáveres alejarían también el mal del valle. La paz y la belleza del Bosque, serviría para honrar a los difuntos.

Según cuentan, cinco hombres fueron los encargados de trasladar al bosque las víctimas de tanto odio. Tardaron varios meses en regresar mientras el pueblo cambiaba su aspecto con rapidez. Casi con la llegada del invierno regresaron los hombres. Traían consigo, semillas de plantas aromáticas y de flores que nunca habían visto por la zona. Les acompañaba una mujer. Quizás provenía de la ciudad. Ella les enseñó a cultivar plantas aromáticas que luego podrían vender a localidades vecinas. Este pueblo se convirtió en un lugar lleno de vida y belleza. De allí su nombre Vallée Fleurie.

Aun que no hay referencias escritas, la tradición presenta a esa mujer como una gran benefactora. Se dice que antes de marcharse prometió que cuidaría de este pueblo, que les ayudaría a crecer y que nunca permitiría que nada malo volviese a suceder.

Año tras año, regresan en primavera, las mariposas azules en busca de las flores. Las plantaciones parecen colmarse de energía. Todo florece a un ritmo frenético. Tras unas semanas de algarabía, las mariposas se dirigen hacia el bosque de forma definitiva, en cuestión de segundos desaparecen en la espesura. Muchos hemos intentado seguirlas sin éxito. Solo a unos pocos metros ya no queda ni el más mínimo rastro.

A las mariposas azules por su gran belleza y la sutileza de su vuelo, en distintas culturas, se les otorgan poderes mágicos. Simbolizan la esencia o el alma de una persona. Los habitantes de este pueblo creen que las mariposas traen el alma de los fundadores, para bendecir la cosecha.

Realidad o superstición

Solo era una historia que formaba parte de la cultura popular. Demasiada superstición para mi gusto. Mis nervios me delataron y me apresuré a decir

—No puedo creer que el alma de una persona deambule por allí sin más. — No podía callarme. Debía dejar muy claro que no compartía sus creencias—. Las supersticiones no tienen lugar en mi vida, son inútiles y además no dejan a las personas ver la realidad.

Cloé intentando relajar el ambiente y dijo. —Las mariposas, son un símbolo universal de transformación y evolución. La metamorfosis nos permite cambiar, en el fondo un anhelo oculto de todo ser humano. Siempre estamos intentando transformar nuestras vidas.

—Son creencias muy antiguas. —Comentó Frank—. Como ejemplo: en Irlanda alrededor del siglo XVII, se creía que las mariposas blancas poseían el alma de los niños muertos inocentes y puros, por lo que se prohibía matarlas.

Cloé recordó que en China las mariposas son consideradas como entes que pueden volar entre el mundo de los vivos y los muertos. Aquello era un diálogo de tontos, parecían niños que se daban la razón para impedir que el otro dejase de jugar. Mi enfado crecía por momentos. Era mi amiga y en lugar de ayudarme se ponía a contar historias de niños. No podía escuchar ni una palabra más y le contesté con ironía

-Claro, funcionan como taxi, las almas pasean en ellas, las transportan de un lugar a otro.

La conversación estaba tomando un tono preocupante. Creo que me pasé.

-Realidad o superstición. ¡Qué más da! Solo se trata de disfrutar de estos días de fiesta. Nuestros seres queridos siempre cuidan de nosotros. En la forma que sea – comentó Frank mientras nos acompañaba a la clínica

Acababa de conocer otra faceta del hombre del que me había enamorado. Y no estaba del todo segura de que me gustase. En el último mes nuestra relación personal había avanzado mucho. Casi todas las noches, cenábamos juntos y compartíamos vivencias personales. Era muy divertido cuando dejaba su traje de alcalde. Su timidez había dejado de ser ese muro que nos separaba. Él se reía de mis arrebatos y mis enfados, siempre tenía la palabra o el gesto justo para reconfortarme. A su lado perdía la noción del tiempo. Solo me molestaba su devoción desmedida hacia este pueblo y lo cerrado que era para hablar de su familia. Sabía que había un gran secreto que le incomodaba y no quería o no podía contarme.

Continúa leyendo en: <https://amzn.to/3e4MUvq>